

tación legal del pueblo alemán llegó a exigir que se constituyera el Reich alemán y se le diera una constitución, sin tener en cuenta los distintos estados y sus gobiernos.

Desde el 18 de mayo de 1848 sesionaba en la iglesia de San Pablo de Francfort del Meno, la Asamblea Nacional, surgida de una elección popular general, ordenada por la Dieta Federal misma. Tenía el cometido de elaborar una constitución para el Reich alemán unido que debía crearse, pero excedió de inmediato tal cometido; se adelantó, por decirlo así, a la ejecución de esa constitución y formó un gobierno del Reich con ministros del Reich y un administrador del Reich a la cabeza.

Los asambleístas de Francfort eran sin discusión las mejores inteligencias de la nación, lo más distinguido en espiritualidad, cultura, carácter y criterio que poseía Alemania. Pero, en el mejor de los casos, lo que hicieron incita a compasión. Este parlamento que emprendía la obra de imponer a los estados alemanes existentes la voluntad soberana de la nación, no poseía ni la sombra de una fuerza propia. Este gobierno del Reich no podía disponer ni tan sólo de un agente de policía; sus miembros, junto con el parlamento, vivían en Francfort, como se demostró durante la rebelión demócrata del mes de setiembre de 1848, gracias al amparo que les acordaban las tropas de Prusia y Austria en la vecina Maguncia. Con énfasis sonoro había lanzado al mundo el 22 de julio la declaración de "que su política exterior pondría el honor y el derecho de Alemania por sobre cualquier otra consideración". Cuando se trató de defender el derecho y el honor de Alemania en Holstein contra la conquista danesa, como la Asamblea Nacional dependía sólo de la protección del ejército prusiano, cuando Prusia se vió obligada a abandonar la guerra

iniciada contra Dinamarca, por la intervención inglesa y rusa, también la Asamblea debió de conformarse con ello y dejar a un lado el honor y el derecho de Alemania.

A pesar de ello, la misma Asamblea tuvo la pretensión de imponer a los gobiernos alemanes, comprendidos entre ellos Austria y Prusia, una constitución, en cuya redacción éstos no habían sido consultados.

En tiempos más recientes se ha tratado a veces de defender a los hombres de la iglesia de San Pablo contra el reproche de carencia de espíritu práctico, pues en su labor parlamentaria y su obra constitucional, se mostraron más bien como unos verdaderos realistas, que supieron calcular muy exactamente los límites de las posibilidades. En esto solamente resulta justa la apreciación de que la labor llevada a cabo en la iglesia de San Pablo estaba compuesta, en todo lo esencial, por compromisos ganados fatigosamente a las tendencias en lucha entre sí.

En efecto, apenas se logró la reunión para constituir la unidad nacional, reaparecieron con pleno vigor también todas las antiguas y nuevas escisiones. Norte y sur, monarquismo y republicanism, prusianismo y austrianismo, protestantismo y catolicismo, se enfrentaron mutuamente con acritud desembozada. Sólo con infinito esfuerzo fué posible componer con todas esas oposiciones, una obra que tuviera el aspecto de un conjunto, por lo menos en el papel. En realidad consistió en verdaderas contradicciones reunidas con material adhesivo. Se quiso conservar la dirección prusiana, pero sin excluir a los alemanes de Austria. Fundamentalmente el Reich debía ser una monarquía liberal; pero para lograr la corona imperial para Prusia contra católicos y austríacos, no se podían perder los votos republicanos, y había que pagarlos con tan graves



concesiones a la democracia, que la monarquía descendió hasta constituir finalmente un mero adorno.

De acuerdo con estas circunstancias se debe juzgar la constitución terminada el 28 de marzo de 1849. Convertía al rey de Prusia en emperador hereditario, pero se le exigía que sometiese a su país y a sí mismo a la voluntad de un parlamento elegido por un sistema electoral netamente democrático; que abandonara su propio estado y tomara como sede la ciudad de Francfort; en pocas palabras, que abdicara como rey de Prusia. Pretendía aún más de Austria, por cuanto solamente sus provincias alemanas se incorporaban al Reich alemán; las otras regiones quedaban excluidas. El emperador de Austria debía, pues, conformarse con ser jefe soberano sólo en Hungría e Italia; en la verdadera Austria debía someterse al rey de Prusia y al Reichstag electivo alemán.

¿Semejante acoplamiento de contradicciones representa la labor de políticos realistas? La política de las sociedades de distrito y de los secretarios de partido, puede ver en ello su triunfo, al lograr artificialmente un momentáneo compromiso entre oposiciones incompatibles; la verdadera política realista jamás olvida que las oposiciones, que se excluyen mutuamente, no exigen una conciliación, sino una dilucidación decisiva; que las componendas conducen al estancamiento y que un progreso vital puede conseguirse sólo por el triunfo de una tendencia sobre las otras.

Para ofrecer la prueba definitiva de su infantilismo, la Asamblea de la iglesia de San Pablo con su constitución aprobada, se presentó a Prusia y Austria en un momento en que ambas grandes potencias ya habían vencido la crisis revolucionaria. Además, ya Austria había anunciado en to-

da forma su oposición. ¿Qué sentido tenía, pues, el ofrecimiento de la corona imperial, que la Asamblea hizo al rey prusiano el 28 de marzo de 1849? Le imponía aceptar la guerra contra Austria por un título que no implicaba ninguna fuerza soberana y tenía como premisa la renuncia al poder verdadero de la corona real de Prusia. Federico Guillermo no aceptó. ¿Otro en su lugar hubiera procedido distintamente? Es difícil. De él, no cabía esperar, por cierto, otra cosa. Esto se podía y se debía saber. Y así, la obra de la constitución de la iglesia de San Pablo, terminó como una pieza tragicómica. Se había tratado de construir un Reich en el papel; se habían erigido castillos en el aire y fabricado una constitución de cuarta dimensión. No había razón alguna para quejarse cuando estalló la pompa de jabón.

Hasta la tentativa de Prusia de realizar el núcleo vital de esta constitución, después de haberle arrancado los venenosos colmillos democráticos, mediante la unión voluntaria de los estados alemanes a Prusia, sin título imperial y en alianza con Austria, esta tentativa prusiana de unidad —decimos— fracasó. Llegó demasiado tarde. Los estados medios alemanes ya no la querían, desde que la revolución había pasado y Austria oponía resuelta resistencia. La intervención de Rusia, que amenazaba con colocarse detrás de Austria, trajo la decisión. Mediocridad e inhabilidad de parte de Prusia, llevaron las cosas tan lejos, que la retirada fué, aun formalmente, una humillante sumisión a las exigencias amenazadoras de Austria. La jornada de Olmütz, el 29 de noviembre de 1850, ponía fin por el momento al ensueño de unidad alemana bajo la jefatura de Prusia. La Dieta federal se había reunido nuevamente y Austria reasumió en ella la pre-



sidencia. Todo volvió a ser como antes de 1848. El "tiroteo de Hornberg" (1) había terminado.

¿Se podía esperar que algún día la situación cambiaría y mejoraría? Por las apariencias externas se había comprobado que Alemania no podía llegar a la unidad. A pesar de lo necesaria, de lo urgentemente reclamada, parecía imposible e irrealizable. Los príncipes no querían y la nación no podía llevarla a cabo. En su sombrío desaliento, los mejores no conocieron entonces ninguna otra esperanza que la de la aparición de un enviado de Dios, que cumpliera el milagro de esa unidad alemana.

Desde muchos puntos del país, en el norte y en el sur, resonó en esos años el llamado de un gran hombre, un hombre que curara todos los defectos mediante la fuerza milagrosa del genio y obligara, con puño de hierro, a los príncipes y al pueblo de Alemania a la unidad. Anhelante clamaba por este salvador esperado el suabo Juan Jorge Fischer:

"¡Ven, único, si ya naciste!  
¡Surge!, tus huellas seguiremos.  
¡Tú, postrer de todos los dictadores,  
Ven con la postrera dictadura!"

Y llegó; se adelantó y cumplió la obra, como se lo pedían los poetas, el dictador fuerte y prudente que supo imponer al mundo su voluntad. Esta vez el destino favoreció al pueblo alemán, a quien tan a menudo golpeó con su adversidad, destruyendo tantos gérmenes nacientes, cortando tantas flores antes de que llegaran a fructificar y negándole tantas veces un jefe. Apareció el hombre oportuno en el momento oportuno. Lo que el genio de Fe-

(1) Expresión alegórica por "la desgraciada empresa". La lucha poco afortunada de esos pobladores, en 1519, se convirtió en un lugar común. (N. del T.)

derico había iniciado y sus sucesores habían abandonado, lo que la nación había anhelado siempre más fervorosamente durante tres generaciones y, sin embargo, no había sabido crear, lo llevó a cabo el genio de Bismarck en ocho breves años. El problema, que aun se consideraba como la cuadratura del círculo, fué resuelto tan simple, tan segura y tan bellamente, que parecía el huevo de Colón.

Bismarck, no era ni un prestidigitador, ni un brujo; pero poseía el espejo milagroso que le permitía ver las cosas como eran. Sabía que la unidad alemana podía crearse solamente con la resuelta terminación del duelo iniciado en 1740. Tres generaciones lo habían olvidado o no habían querido creerlo; Bismarck procuró la victoria de la verdad. Sabía que únicamente la vieja Prusia podía resolver este problema, la Prusia de Federico el Grande. Los contemporáneos soñaban que ya no eran necesarias las armas, por cuanto sólo el reconocimiento de la idea liberal llevaría seguramente a toda Alemania a la unión bajo la bandera prusiana. Bismarck disipó por la palabra y por la acción la neblina de las ilusiones bien intencionadas, ¡no por discursos y acuerdos de la mayoría, sino por el hierro y la sangre! Sabía por último lo que se había olvidado tan completamente en la iglesia de San Pablo, que la constitución alemana era un asunto europeo y que sólo un favor extraordinario de las circunstancias podía permitir a los alemanes tomar en sus propias manos su destino sin la intromisión extranjera. En 1848 la hora había sido favorable y había pasado sin que se la aprovechara. Bismarck percibió su retorno; vió a las potencias europeas enemistadas entre sí, incapaces de unirse, y puso manos a la obra.

Era él, el hombre oportuno en el momento oportuno,



dotado de todas las cualidades que exigía la tarea: parlamentario experimentado, diplomático de oficio, conservador y libre de prejuicios, alemán y prusiano al mismo tiempo, fuerte y fino, audaz y prudente; sólo era preciso dejarle actuar.

Se trató de obstaculizarlo por todos los medios; se lo combatió y odió, se lo aborreció y maldijo, y sólo la generosidad del destino impidió que cayera víctima del proyectil de un asesino en la hora decisiva. La nación no reconoció a su libertador; si hubiera sido por ella, hubieran podido crucificarlo y quemarlo vivo. Debíó obligarla por la fuerza, como una vez, apretándole la garganta a su caballero, lo salvó de perecer ahogado (1).

¡Ojalá pudiéramos detenernos en la historia de la fundación del Reich, esta obra de arte insuperada de alta política, a la que debemos lo que somos en la vida pública! Pero no es este lugar para ello; la imagen no debe exceder al cuadro. Difícilmente tuvo jamás un político —con excepción tal vez de Richelieu, el creador del poder real absoluto en Francia— tantas dificultades que vencer, como Bismarck en los comienzos de su actuación. Estaba solo. De los indicados para ello, nadie le ayudó; la mayoría se opuso. Hasta los instrumentos con que debía obrar le obedecían generalmente sólo de mala gana. Ni siquiera podía anticipar lo que se proponía, indicar la finalidad. Si lo hubiera hecho, el viejo rey, su señor y su único sostén, se hubiera atemorizado por tanta audacia y lo habría abandonado. La nación no lo comprendía cuando le hablaba con alusiones de sus proyectos. Solamente cuando

(1) Haller ha cambiado, como es lógico, en la edición de 1934, la primitiva redacción, desde las palabras: "...lo salvó de perecer ahogado" hasta el final del capítulo doce, y le agregó otro capítulo más. Reproducimos al final de la obra el texto de la primera edición. (N. del T.)

la partida estaba ganada, y la noche del 3 de julio de 1866 en Sadowa, las cartas estaban sobre la mesa, se comprendió lo que había pasado durante cuatro años: que estaba resuelta la gran tarea impuesta por la historia al estado prusiano y a la nación alemana. Austria se separó de Alemania y con la fundación de la Confederación Alemana del norte, completada por las alianzas defensivas y ofensivas con los estados alemanes del sur, Prusia engrandecida asumió la dirección nacional. Era sólo cuestión de tiempo para que de allí surgiera el Reich alemán, que comprendiese a toda Alemania.

Se hubiera podido lograr por vía pacífica, sin la oposición de Francia. Pero ésta veía en el advenimiento de una gran potencia alemana un fraude a la herencia de su propia historia, a su jefatura europea, que no estaba dispuesta a compartir con ningún otro país.

También con Francia hubo que liquidar la cuenta del pasado con hierro y sangre. Una guerra breve, una cadena de brillantes acciones militares, en las que se manifestó la superioridad alemana, borró la deuda de los siglos, y de esa victoria, simultánea y automáticamente, por decisión voluntaria de todos los estados alemanes, nació un Reich alemán y, el 18 de enero de 1871, un nuevo imperio.

Los enterados supieron con cuánta paciencia y delicado arte hubo de lograrse también esto último.

Lo que sentía el pueblo lo expresó Emanuel Geibel después de la jornada de Sedán, con tonalidades entusiásticas:

¡Dejad sonar jubilosas, a las campanadas,  
De una torre en otra su alegre clamor!  
¡Atizad el resplandor de las llamaradas!  
Y al Dios de la altura ¡loor!  
¡Que hizo grandes cosas por nos el Señor!



# Alemania entre 1815 y 1937

